todos los días, siempre que pudiera; por eso salió á escape del convento, y, ya en la calle, revolvióse airado contra la pétrea fachada gris del edificio mudo, al que mostraba el puño mascullando quién sabe qué herejías y maldiciones de hombre desgraciado que no quiere declararse vencido del dolor y de la suerte.

Si ha de darse crédito al testimonio de Carolina, fama es que aquella noche el pintor, en su insomnio, cuando supuso que su esposa dormía ¡invocó á Dios!... Sea ó no cierto el hecho, sí está fuera de duda que Salvador regresó al convento, una vez por semana á los comienzos, dos luego y todas las tardes á lo último, enteramente solo ó en unión de su mujer y de Evangelina que ya había encontrado acomodo como cajera diurna en una confitería á la moda.

En el convento, por merced especialísima de la superiora, permanecía Salvador hasta después de anochecido al lado de Magdalena, en la sala desmantelada y adusta, ó en el huerto encantado, desde una tarde en que por aglomeración de visitas de importancia-la mayoría de las grandes damas, lo más encopetado y linajudo de la ciudad, allí se reunió con motivo de algún señalado aniversario ó ceremonia de la orden de Reparadoras. Cautivado Salvador con los hechizos del huerto, entre cuyas alamedas aguardaba á que su hija terminase las vespertinas devociones de la comunidad, oía el órgano, las voces de las doncellas castas, el infaltable concertante de los pájaros, y su ánimo intranquilo inundábase de una paz que le hacía bien grandisimo. Luego, con la llegada de su hija y el partir de la tarde, esa paz subía de punto, le anestesiaba sus pensamientos rebeldes, sus ideas impías que, al igual de los pájaros en las profundidades verdegueantes de los árboles, en las profundidades de su conciencia adormeciansele. A fin de no romper el encantamiento, hablaba muy poco, apenas lo indispensable para no dejar sin respuesta los largos discursos y parrafadas que le enderezaba su hija, cuya pálida beldad acababa de sumirlo en esa especie de soñación bienhechora.

Y cuando á las seis precisamente estallaba el toque de lista en el vecino cuartel de Artillería, las notas viriles y abrillantadas de la banda de clarines perdían su sabor de destrucción y guerra, sonaban á distancia grandísima, no obstante la proximidad, veladas por las copas de los árboles que apagábanlas á su paso con el ósculo de sus hojas temblorosas y el abrazo de sus ramas retorcidas, cual si los ejércitos y las máquinas exterminadoras y fratricidas se hubieran ido ya sin ser sentidos, y desde lejanias inofensivas tocaran, por la vez última, sus cantos de odio y sus cantos de sangre; cual si los hombres, arrepentidos de sus pasiones negras, licenciaran á los soldados y rompieran las armas; cual si la maldad agonizara ó hubiera muerto, y aquellos clarines anunciasen los funerales de las guerras y el advenimiento imposible del amor universal... Pero Salvador, á cierta hora, tenía que volver á la calle, á su casa, al batallar de sus pensamientos y de sus ansias, y aquí estaba lo malo, la vida destruía al ensueño, la realidad á la quimera y el desengaño á la esperanza. En su caballete desfogábase, enviaba á «The Outlook» dramáticas escenas de las guerras nacionales; lanceros sañudos; guerrilleros feroces matando y degollando, á la carrera tendida de sus caballos enloquecidos, por sobre cuyas crines al viento los jinetes se doblaban para facilitar la carrera y con mejor certeza herir y matar. Habría pintado toda la epopeya libertadora de la Reforma, todo el encono de los «rojos» y de los «puros» contra los conservadores y reaccionarios; las victorias cruentas, los alaridos de rabia,

## F. GAMBOA

el triunfo final del partido exaltado; la expulsión de religiosos y la demolición de los conventos, 1eso, eso sobre todo, la demolición de los conventos!...

Pasado el arrechucho, reía de sus iras. ¿Por qué ese encono contra el convento, si, caso de alimentar alguno, alimentarlo debiera contra las inclinaciones de su hija? Suponiendo que el convento fuese un peligro, de peligros hállase sembrado el mundo y no por eso del mundo maldecimos á todo momento, ni apetecemos su destrucción y ruina. Nó, hay que distinguir, que convencerse de que el peligro principal radica en nosotros que nos abandonamos á aquéllos, por las levaduras indómitas que nos señorean y á las que no openemos sino remedos de resistencia...

Y se atascaba Salvador en sus propias filosofías, alegándose el pro y el contra de problemas tan arduos. Una cosa sí que lo irritaba fuera de medida: aquella persistencia en resolver conflictos, en los que antes no se ocupó mayormente. ¿Qué lo movía hoy á estar siempre devanando tan enmarañado ovillo, con lo que sólo sacaba amargarse más su pobre vida, harto amarga ya de suyo?...

Hasta que un buen día, al tanto cavilar, dió con la clave del enigma, admirándose de que el hallazgo se efectuara tan tarde: lo que lo movía era, sencillamente, el desencanto, las lastimaduras del vivir, la maldad humana, la ignorancia y la mentira, las incertidumbres acerca de nuestro destino, á menos de no creer que en el sepulcro se concluye todo. Salvador por mucho tiempo creyó en ese aniquilamiento total; mas sin duda porque entonces era feliz, sintióse satisfecho con la tal doctrina y no la penetró lo bastante, jen ella creía y en paz! Fué después, cuando sus padecimientos y desgracias principiaron; cuando lo expulsaron de la amistad y del amor; cuando la familia le

mostró el revés de su bordado-revés burdo y áspero,cuando las hipocresias sociales le dieron en el rostro, á modo de latigazos que enfurecen; cuando palpó el imperio inconmensurable del fingimiento y el engaño en todos los órdenes, la breve duración de los pocos afectos de verdad, el tráfico de la honra y la vergüenza, el entronizamiento de los fariseos y mercaderes, la lapidación de todos los profetas y el martirio de todos los Cristos; cuando vió y oyó y leyó y supo que eso era el mundo, el globo entero; cuando se halló sin esperanza y sin consuelo, fué cuando la inquietud apoderóse de su ánimo contristado y doliente, y cuando éste se le escapó por los vericuetos inextricables del pensamiento en busca de una compensación y de un asilo. Y como él, Salvador, estaba medio ciego, si no ciego totalmente, asido al quebradizo hilo del raciocinio seguía á su pensamiento, y exasperábalo que perdiguero tan fino y amaestrado no lo sacara del pajonal en que á cada día conceptuábase más y más extraviado...

Y he aquí que hoy mirábase libertado ¿lo estaria de veras?... pues chocábale no prosternarse, no prorrumpir en gritos de agradecimiento y júbilo, sino antes sentirse encogido, medroso, con rubor de proclamar que un portento habíase realizado dentro de su ser, que volvía á ver la luz... porque la veía, sí que la veía, aunque ella lo ofuscara y sumiera en esos encogimientos y miedos. ¡Fenómeno más raro!... En lugar de reir, lloró; en lugar de correr y de saltar, quieto mantúvose; en lugar de repetir á nadie el sucedido, presa de temor lacerante, enmudeció... ¿por qué lo cegaba tanta luz, en vez de iluminarlo? ¿si no resultara cierto, por desgracia, que hubiese recuperado la vista? ¿por qué no miraba aún, con suficiente claridad, todos los puntos sombrios de su espíritu?... Ante tales manifestaciones extrañas, su congoja aumentó; y es que ignoraba

el que fenómeno idéntico ocurre á los otros ciegos que por milagro tornan á ver: diríase que la luz, de la que han estado huérfanos, al pronto los dañara; resistense á creer en el prodigio, y ello explica que el pasmo los paralice, que no osen caminar, ni hablar, ni reir; que prefieran, por instantes, cerrar los ojos resucitados ó internarse de nuevo en lo obscuro en que habitaron, que prefieran hasta apartar con las manos la claridad que los deslumbra...

Así Salvador, desconfiando del suceso, se lo calló; procuró enterrárselo hondo, hondo, adonde sólo él supiera, adonde los ojos de los demás no asomaran á cerciorarse, ni los escepticismos y maldad de sus semejantes se lo codiciaran ó escarnecieran al menor descuido. Y así se iba por todas partes—mientras no le viniese el convencimiento íntimo de que, en realidad, había curado,—como ladrón que esconde un tesoro fácil de perder.

Donde únicamente algo se franqueaba, era con Magdalena, en el fondo del huerto del monasterio vibrando aún las postrimeras notas suplicantes del órgano y los gorjeos postreros de los pájaros, el perfume de las flores que cierran su corola al irse la tarde y el de las que abren la suya al avecinarse la noche. Dejaba que murieran los ecos de los clarines marciales, luego de anunciar á sus oídos de iluso que la guerra se acababa, que aquellos serían los últimos cantos del odio y de la sangre, y sin dar la cara á Magda, le decía:

-; Háblame de Dios!...

—¿ De Dios?—le preguntó la profesa en el colmo de una estupefacción gozosa, la primera vez que escuchó tal súplica,—pues que ¿crees ya?

— No me preguntes—agregó Salvador mirando al suelo y en voz más baja todavía,—¡sólo compláceme y háblame de Dios!...; ¡háblame de la Cruz!

Y Magda, que no era una exégeta ni muchisimo menos, le habló de Dios en términos simples, con fe primitiva y criterio de niño que á otro niño intentase explicarle cosas grandes. Raudales de palabras blancas, de palabras puras; el Dogma eterno, sin deformaciones, ni comentarios, ni notas; la creencia católica en todo su sencillo esplendor prístino, sin dudas, sin impiedades, sin blasfemias, como han de haberla predicado á los humildes, los ignorantes pescadores de Galilea. Una exegesis que cualquiera habría desmenuzado; de la que cualquiera habría reído, y que, sin embargo, arrancaba un llanto silencioso de Salvador, que la monja su hija enjugaba acariciándolo.

Transfigurado salía Salvador del huerto, más que nunca escondiendo su preciadísimo tesoro para librarlo de que se lo descubrieran sus prójimos, á los que volvía á codear en las calles. En los intervalos de sus visitas á Magdalena-la noche integra y gran parte del dia siguiente,-formaba proyectos, todo lo que haría cuando se sintiese definitivamente curado. Desde luego, no alardearía de su cura, no buscaría plácemes y regocijos, ni con las personas de casa; tampoco entregariase á externas manifestaciones exageradas de fervor, ni á misticismos impropios de su edad y de su sexo; mucho menos intentaría convencer á incrédulos legítimos ó fingidos, ni sanar á enfermos. No sería misionero, porque tendría de sobra con ser creyente, y aunque como á creyente pudiérale doler la incredulidad ajena, conformariase con dolerse de ella y con confiar en que lentamente iría desapareciendo; convencido de que en la mayoría de los casos, tal incredulidad no es sincera, según tampoco lo son una porción de credos extremados en política, en filosofía, en ciencias. Conforme los días pasaban, Salvador, siempre en espera de su conversión definitiva, más claro veía en sinnúmero de cuestiones.

Detrás de los descreimientos pregonados; detrás de las creencias que á gritos se proclaman cual inmutables y honradas, veía Salvador la mentira individual, y hasta colectiva, un gran afán de notoriedad ó de lucro, de lucro sobre todo; pero firmeza, ¿dónde estaba la firmeza?... En este asunto de la incredulidad religiosa, por ser el más trascendente, era en el que Salvador advertía el menor sincerismo, viendo en la larga lista de pensadores diz que libres, de políticos diz que intransigentes, de espíritus pseudo-superiores, que en todas partes se acobardan los tales frente á lo que no tolera engañifas ni subterfugios: frente á la muerte, á cuyos pies abjuran de toda una vida de combate de ideas, y repudian hasta textos escritos, discursos publicados, propagandas orales y propagandas impresas, y rinden la jornada en los brazos del Dogma y de la Iglesia. Preferia Salvador sus procederes propios, el no aguardar á la hora de la muerte ni doblegarse á las cobardías fisiológicas y psíquicas que ella nos acarrea, sino tornar á Dios en plena vida, con fuerza en la carne y vigor en el cerebro, con entera conciencia y con voluntad independiente y libre.

Salvador, á quien animaba un espíritu amoroso, justiciero y altruista, odiaba muy principalmente el engaño y la mentira; era gran partidario de las rectificaciones y de la entereza que se enfrenta á la responsabilidad y virilmente la asume, lo mismo si es premio y galardón por lo que hayamos hecho de bueno, que si es condena y castigo por los males consumados. De ahí su distauciamiento progresivo de amigos y empleos, de afectos falsos, de toda la gran mentira humana, de la que—colocada la Religión en su puesto, sólo dos entidades se salvan, cuando honestamente se las rinde culto: el Arte, que á modo de ave inmensa, ciérnese sobre todas las miserias y sobre todas las

deformidades, y la Ciencia, infinita, majestuosa como mar sin orillas.

Desengañado de cuanto le rodeaba, de las historias falseadas, los libros mendaces, los ídolos de barro, los silencios delincuentes, los aplausos criminales, los proditorios encogimientos de hombros, el tanto prometer y nunca cumplir, el tanto demoler y nada edificar, se sintió en él aire y con las alas desmontadas para poder volar á las excelsitudes y á los ideales. En su desesperanza y desamparo, instintivamente—como los animales heridos buscan los sitios ocultos y de difícil acceso, á fin de acabar de sufrir y de morir donde no los alcance la maldad del hombre,—el alma de Salvador, también herida, volvióse á Dios.

—¡ Háblame de El!—le rogaba á Magdalena tarde á tarde.—¡ Háblame de la Crnz!...

Y tarde á tarde cobraba mejores brios, arrestos nuevos, mayor acuciosidad para juzgar y para ver. Tan positivo alivio experimentaba, mejoria tan franca, que todo lo que antes resultábale inexplicable ó abstruso, lo encontraba ahora sencillo y claro. Según él rectificaba, la génesis de las disidencias, de las protestas, de los enfriamientos en materia de religión y de fe, consistía en una equivocación muy de lamentar: confundir el Dogma con el clero encargado de interpretarlo, propagarlo y defenderlo; consistía en no saber diferenciar lo fundamental y eterno, de lo temperal y transitorio. Que el clero haya sido y sea culpable en muchos puntos-y principalisimamente en México,por explotar su poder y su influjo en provecho propio, por convertirse en entidad militante-siempre que puede lograrlo, --con objeto de acaparar y disfrutar los bienes terrenos, olvidándose de su alto ministerio ; qué praeba contra el Dogma?...

## F. GAMBOA

La justicia, la Justicia ideal por la que todos los pueblos y todos los individuos suspiran, no pierde un átomo de su excelsitud porque sus intérpretes y sacerdotes le resulten venales, prevaricadores y concupiscentes. Basta con que haya un magistrado, un juez que honradamente la administre y distribuya, para que hasta nos dolamos de los otros, que, ¡ al fin hombres!, más obedecieron á sus pasiones y ruindades, que á sus deberes. Y aun cuando — soliloqueaba Salvador,—aun cuando ni ese juez ó magistrado excepcionales existieran en parte ninguna; aun cuando la Justicia se halle sentenciada por los humanos á ser perpetuamente escarnecida, aun entonces, todas las conciencias continuarán creyendo en ella, adorando en ella, esperando en ella, hasta su advenimiento.

No obstante el alivio que Salvador experimentaba al lado de Magdalena, la que por su parte esmerábase en que sus pláticas fueran de lo más convincente, tal alivio dilataba en trocarse en la cura completa que desde los comienzos de la crisis se anunciara. Cierto que las pláticas de Magda pecaban de simples y candorosas; sobre que en toda su existencia había sentido ni el aleteo de la duda. Nacida para creer, con vida y alma creyó, no entendiendo á las derechas que pudiese haber incrédulos. Y su más cruel torcedor, la incredulidad de su padre, he aquí que milagrosamente borrábase y Salvador tornaba á la fe, á la fe omnipotente que á ella envolviala y amparábala, que la hacía vivir en la bienaventuranza y en el éxtasis dentro del claustro anacrónico, dentro del claustro devorador de ilusiones y voluntades. La vuelta de Salvador á la fe, era lenta; él confiabáselo á su hija en las entrevistas diarias.

—¡Cuánto tardo en desandar lo andado, mi Magda, debo de haberme ido muy lejos!...

En su cura prodigiosa, no quería Salvador pisar un tem-

plo ni frecuentar sacerdote alguno que lo ayudara con sus luces. Ambicionaba que sin influjos extraños ni exteriores, el prodigio acabara de realizarse por su propia virtud; que lo mismo que las cicatrizaciones de las heridas graves sabiamente curadas—que se forman de adentro hacia afuera en mágico renovamiento de tejidos,—así á él se le renovaran sus creencias de infancia.

¡Con qué recíproca ansia aguardaban padre é hija la hora de su visita diaria! Como dos novios, debían narrarse lo hecho y pensado mientras cesaron de verse, los progresos de él, las plegarias de ella.

—Cuando te pongas bueno—le prometía ella,—verás lo que sientes, una felicidad que no se te acaba, que te sirve para todo, verás, verás...

Un programa de resignación y de consuelo extraterrenos; una dicha sin segundo; el ensueño místico, tras el
cual, la monja oía pasar el torrente desencadenado de la
vida, sin miedo de ser arrastrada ni deshecha por ese vestiglo desbocado que arrasa las riberas plácidas y arruina
los sembrados ubérrimos, que descuaja los árboles fuertes
y en las piedras se azota, sacudiendo en el huracán que lo
acompaña y azuza, sus crines de perlas y sus crines de espumas... Comparaciones primitivas, toscas, leídas en libros
piadosos y rudimentarios; lo que sus directores espirituales, deslumbrados frente al armiño de esa conciencia, habían juzgado bastante explicarle.

Salvador, embebecido, la escuchaba sin interrumpirla, y Magdalena, suponiéndose la autora única de aquella conversión, crecíase en su discurso y multiplicaba las comparaciones primitivas, los argumentos bastos, preguntando á su padre de tiempo en tiempo:

-¿Me entiendes bien, verdad?...

Por no lastimar una fe tan firme y confiada, Salvador

respondíale que sí, que la entendía; y á los reparos y objeciones que en tropel subíansele á los labios, no les permitía salir, aterrorizado de imaginar los efectos que en el sereno ánimo de su hija producirían.

Magdalena, en tanto, continuaba hablando muy posesionada de su asunto; al arrullo de su voz, Salvador ahuyentaba los malos pensamientos, repasando su propia existencia.

Este esfuerzo de su voluntad lo aleccionó, sobraba con querer; ¡él quería creer, y creería! ¿No cuando las tesis antirreligiosas y los escepticismos y descreimientos que las escoltan se adueñaron de él, hubo necesidad de no prestar oidas á los pensamientos creyentes que lo asaltaban, de repudiarlos con voluntad enérgica, pensando en otras cosas?... Pues con análogo procedimiento, rechazaría ahora cuanto se opusiera á la reflorescencia de la fe, que pugnaba por anidársele de nuevo. Se zanjaba el conflicto, sencillisimamente-que en el batallar de las conciencias no puede haber medio distinto, -- creemos lo que que queremos creer, pues si no, nos complaceríamos (y hasta los Ilevariamos á puro y debido efecto), en los pensamientos reprobados que á los justos mismos invaden y atormentan. ¿Quién hay que con la mente no tenga perpetrados alguna vez los peores delitos y las peores atrocidades? Sin embargo, se lucha con la tentación, aniquílase el pensamiento torcido y no se ejecuta materialmente el crimen mental.

—¿Me entiendes bien, verdad?...—volvía á preguntarle Magdalena, alarmada por su abstracción.

Y Salvador le respondía que si, resuelto à entenderla, à no consentir que las ortigas de la duda agostaran en su cerebro el reverdecer de sus delicadas flores de religión y de consuelo... ¡la monja, su hija, contábale cosas tan dul-

ces, ofreciale un perdón tan completo y una paz tan eterna!...; Dios lo perdonaria!... ¡Dios perdona siempre!...

Confianza grandísima cobraba Salvador oyendo que Dios lo perdonaría; que Dios eligió la crucifixión á fin de que por los siglos la cruz, con sus brazos extendidos, anunciara que El no cerrará nunca los suyos, siempre abiertos para que entre ellos se cobije la humanidad entera, cuando desengañada de las maldades del mundo y las miserias de la vida, enderece sus pasos hacia el Padre que la aguarda con sus misericordias...

El caso suyo, de Salvador, que oyendo á Magdalena emocionada, sentía que lo inundaban por adentro olas compasivas que se llevaban lo malo, como las olas que limpian y sanean con sus reflujos las playas sucias de las tierras calcinadas y enfermas, era elocuente prueba.

¡Magdalena tenía razón! Algo oculto garantizábale á Salvador que misericordiosamente acogeríanlo en su vuelta tardía, en ese su regreso natural al Padre...

Y en la quietud del huerto, que empezaba á ensombrecerse, oyendo la musical voz de la monja, que, transfigurada, asegurábaselo pálido el rostro y hacia las alturas convertidos sus líndos ojos, Salvador rememoraba fragmentos de la parábola, él era el hijo pródigo:

—«Un hombre tenía dos hijos... el más mozo, recogidas todas sus cosas, se marchó á un país muy remoto y allí malbarató todo su caudal, viviendo disolutamente... Después que lo gastó todo, sobrevino una grande hambre... y comenzó á padecer necesidad... Púsose á servir á un morador de aquella tierra, el cual le envió á su granja, á guardar cerdos... y volviendo en sí, dijo: ¡Ay, cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo!...»

Y Salvador se repetía, con mayor deleite, la respuesta

RECONQUISTA

del padre al hijo trabajador y bueno, que se mostraba celoso de los festejos que se aparejaban para el hijo vagabundo y sin ventura:

—«... Ya ves que es muy justo regocijarnos, por cuanto este tu hermano se había muerto y resucitó, estaba perdido y se le ha hallado...»

¡Era la historia de él, la historia de todos!

Punto por punto, palabra por palabra podía aplicársele la parábola: también él habíase marchado á un país remoto, y malbaratado su caudal, y vivido disolutamente; también él padeció de una grande hambre y de una grande necesidad; también él había vivido entre cerdos, y, en más de una ocasión, aun cuando no lo hubiese formulado, suspiró y echó de menos las épocas en que vivía feliz y tranquilo á la sombra de sus creencias viejas.

Como él, había muchos otros, muchísimos, que secretamente ansían romper el nudo que los ahoga.

Hombres y pueblos, á diario tornar á las ideas de que se alejaron; unos, publicándolo á voces, en silencio los demás. Salvador se incorporaba á estos últimos, no por que le avergonzaran su arrepentimiento y regreso, sino porque de efectuarlo sin ostentación ni ruidos, como que más sincero y más firme resultábale.

Hombres y pueblos tornan á Dios—ahora lo veia Salvador,—porque los pueblos y los hombres, cansados de buscar, sin encontrarlos, todos los mejoramientos que por aqui abajo se prometen, sin nunca pasar de la categoria de promesas, han menester de amor y paz para sus espíritus acongojados.

Hombres y pueblos, son el eterno hijo pródigo de la parábola, y desencantados de todo lo del mundo, en ascensión imponente y soberana, al fin vuelven al regazo compasivo de Dios, de Dios que á nadie rechaza, que todo

lo olvida, que continúa y continuará con sus brazos abiertos, como cuando en la Cruz, recibiendo y perdonando á los pueblos y á los hombres llenos de heridas, agobiados de desesperanza por lo transitorio y engañador del mundo, y que, al mirarse desamparados y náufragos, lamentablemente suben á Él por las cuestas ásperas del dolor y del remordimiento...

Magdalena seguía hablándole de Dios, seguía preguntándole de tiempo en tiempo:

-¿Me entiendes bien, verdad?...

Cierta tarde vió Salvador varios carruajes de lujo frente á la verja del convento, lo que no le preocupó á consecuencia de su gradual familiarización con las prácticas de la comunidad y con las de sus protectoras y frecuentadoras asiduas. Sería una fiesta de tantas.

En virtud de su especial permiso colóse hasta el huerto, á esperar á Magda. Esperábala con serena alegría que no sabia disimular, y, contando los minutos, oyó el órgano, las voces de las doncellas castas, el infaltable concertante de los pájaros. Antes que las profesas, salió de la capilla un golpe de señoras principales, que se dirigían al claustro. Oculto tras los árboles, Salvador miró salir á damas y profesas. Al cabo de un rato, Magdalena vino en su busca y lo atrajo al banco favorito en que charlar solían. Pero Salvador, que no atinaba cómo comunicarle la buena nueva, resistiéndose le dijo:

-¡Nó, aquí nó!... ¡Llévame á la capilla!...

Magda adivinó que aquello era tal vez el premio á sus ruegos, el milagro, ¡la reconquista del alma de su padre!

-¿Ya?...-le preguntó, á punto de llorar.

—¡Yal—repúsole Salvador, no menos emocionado. Encamináronse ambos á la capilla, casi desierta á tales

## F. GAMBOA

horas; sólo dos religiosas, prosternadas en unos reclinatorios y con sendos cirios, velaban y oraban...

Llegados Salvador y Magda junto á la barandilla del presbiterio, se arrodillaron en la grada de piedra; pero ni el padre ni la hija supieron rezar, á él y á ella ahogábalos el llanto, un llanto discreto que él vertía mirando á la alfombra del piso, y ella mirando al altar, los dos asidos de la mano...

...Más debilitado aún que en tardes anteriores, hasta la capilla penetró el toque de lista del vecino cuartel de Artillería, cual si en esta vez los clarines marciales, en derrota sin revancha posible, sí tocaran por última sus cantos de odio y sus cantos de sangre...

Al salir Salvador, al volver á las calles, caminaba radiante, de prisa, de prisa...

Iba á sus cuadros, á sus pinceles, á su arte. Ya sentiase artista completo; ya podria terminar su obra, aquella su inconclusa «Alma Nacional», y abordar los asuntos redentores y justicieros de que su inspiración estaba grávida. Ya era suyo el lema de los poetas altos:

-«; Creer, Crear!»

Y se perdió por esas mismas calles de la enorme ciudad indiferente.

Wäshington, D. C.: 15 de abril de 1903.—« Villalobos», Guatemala: 28 de marzo de 1906. Este libro se acabó de imprimir en Madrid, en la imprenta de Bailly-Baillière é Hijos, calle de la Cava alta, número 5, el día 23 de Mayo de 1908.



